

Marta Robles



# Pasiones carnales

Los amores de los reyes que  
cambiaron la Historia de España

La **trastienda de la historia de España** está llena de jugosos episodios, repletos de pasiones carnales, que alteraron el curso de los acontecimientos o los cambiaron por completo sin que oficialmente se reconozca.

Marta Robles ha revisado nuestra historia en busca de todas esas **aventuras amorosas** y sexuales que protagonizaron reyes, reinas, mandatarios y otros poderosos: **desde Rodrigo, el último rey visigodo, hasta Alfonso XIII**, pasando por los demás representantes de las dinastías Astur, Borgoñona, Trastámara, Habsburgo y Borbón.

El resultado demuestra que, lejos del puritanismo de la historia oficial, sus protagonistas —acompañados por sus consejeros, validos, ministros, cortesanos, esposas, concubinas e hijos legítimos o ilegítimos— no solo batallaron y gobernaron, sino que además gozaron y se divirtieron mucho más que el resto de los mortales. Y también que todos ellos, como cuantos no tienen poder ni riquezas, fueron vulnerables al amor y a los arrebatos incontenibles de la carne.

Un libro lleno de sorpresas y curiosidades íntimas —a veces subidas de tono—, con frecuencia interpretadas por personajes insospechados.

## Índice

INTRODUCCIÓN PASIONES, REYES, MENDIGOS Y POLÍTICOS

I. CONQUISTA Y RECONQUISTA DE ESPAÑA. DEL ARREBATO AL AMOR

II. ALFONSO II DE ASTURIAS, EL CASTO, EL ÚNICO REY EN LA HISTORIA DE ESPAÑA QUE JAMÁS TUVO UN ARREBATO CARNAL

III. AVA DE RIBAGORZA, EL MISTERIO DE LA CONDESA TRAIIDORA

IV. ALFONSO VI DE LEÓN, EL BRAVO, EL REY QUE SENTÓ AL TRONO A UNA REINA MORA

V. ALFONSO VIII DE CASTILLA, EL REY QUE ESTUVO A PUNTO DE PERDER LA BUENA IMAGEN Y UNA IMPORTANTE BATALLA POR UNOS OJOS VERDES

VI. ALFONSO X EL SABIO, EL REY INMACULADO QUE TAMBIÉN TENÍA CARA B

VII. LEONOR DE GUZMÁN, LA CONCUBINA QUE VIVIÓ COMO SI FUERA UNA REINA

VIII. PEDRO I EL CRUEL, LA HISTORIA SE REPITE (MÁS O MENOS), O EL REY DE PROBADA INCONTINENCIA SEXUAL

IX. CONSTANZA, INÉS Y PEDRO, UNA HISTORIA DE AMOR, MUERTE Y MALA SUERTE

X. ISABEL DE PORTUGAL, EL GERMEN DE LA LOCURA Y LOS CELOS

XI. ENRIQUE IV EL IMPOTENTE, LA CONFABULACIÓN CONTRA EL DE MIEMBRO DÉBIL

XII. BEATRIZ DE BOBADILLA, LA SANGRIENTA DAMA CAZADORA

XIII. FERNANDO, ISABEL, GERMANA Y CARLOS I, LOS AMORES ENTRECruzADOS

XIV. JUANA LA LOCA Y FELIPE EL HERMOSO, LOS AMORES TÓXICOS

XV. FELIPE II, EL REY DE SEXUALIDAD SECRETA

XVI. FELIPE IV, EL REY ADICTO AL SEXO

XVII. FELIPE V E ISABEL DE FARNESIO, «EL REY Y YO»

XVIII. LUISA ISABEL DE ORLEANS, ENTRE LA LOCURA Y EL LESBIANISMO

XIX. CARLOS III, EL REY QUE ENSOMBRECIÓ A SU MEDIO HERMANO FERNANDO VI Y QUE MÁS CONTÓ SUS INTIMIDADES

XX. CARLOS IV, MARÍA LUISA DE PARMA Y MANUEL GODOY, «LA TRINIDAD EN LA TIERRA» O LA HISTORIA DE UNA PERVERSA CONFESIÓN

XXI. FERNANDO VII, EL FALO MÁS GRANDE Y FEO PARA EL REY MÁS DESEADO QUE RESULTÓ SER UN FELÓN

XXII. MARÍA CRISTINA, ISABEL —SOBRE TODO ISABEL—, PAQUITA NATILLAS Y TODOS LOS DEMÁS (QUE FUERON MUCHOS)

XXIII. ALFONSO XII, EL REY DE LA CANCIÓN TRISTE

XXIV. ALFONSO XIII, EL REY MÁS POLÉMICO Y CON HALITOSIS

AGRADECIMIENTOS

BIBLIOGRAFÍA

NOTAS

A Carlos García Calvo. *In memoriam*

«Todo en la vida trata sobre el sexo excepto el  
sexo.  
El sexo trata del poder».

Oscar Wilde  
(Frase que repetía el despiadado Frank  
Underwood en *House of Cards*)

## INTRODUCCIÓN

### PASIONES, REYES, MENDIGOS Y POLÍTICOS

Después de recorrer doce siglos de Historia de España, en esa carrera de obstáculos que supone la falta de documentación contrastada y las distintas versiones que ofrecen los diferentes cronistas e historiadores de los mismos hechos, he llegado a la conclusión de que soy una atrevida. Y lo soy porque acepté el reto de zambullirme en la trastienda de lo contado, mucho más difícil aún de comprobar, sin oponer la más mínima resistencia. El viaje me ha costado innumerables horas, un esfuerzo ímprobo y casi la salud, pero debo reconocer que también me ha hecho aprender y me ha divertido tanto como para que haya merecido la pena. Tras acabarlo, he certificado que es imposible juzgar a los hombres fuera de su tiempo, pero también que, en un mundo donde «Todo en la vida trata sobre el sexo, excepto el sexo, que trata de poder» (Oscar Wilde *dixit*), hay que cercar a los poderosos. O lo que es lo mismo: impedir que su impunidad los conduzca a convertir sus méritos en catástrofes y a arrastrar en la tragedia a cuantos dependan de ellos.

En estas páginas van a encontrar sucesos increíbles, insólitos e insospechados. Y otros no tanto. Nuestros reyes, al fin y al cabo, siempre fueron tan humanos como nosotros. Aunque el brillo de su corona convenciera a muchos de sus súbditos de que eran hijos directos del sol, que para eso se llama astro rey. Descubrir que Isabel la Católica llegó a ser reina porque uno de sus antepasados tuvo una concubina a

cuyos hijos colocó perfectamente y uno de ellos acabó asesinando a su hermanastro, heredero legítimo del trono, para ocuparlo él, sorprende, pero no más que saber que existe la posibilidad de que los musulmanes entraran en España tras una violación o averiguar que Fernando el Católico se infló a cantaridina (el viagra medieval), para tratar de preñar a su segunda esposa. Que el monarca que más herejes persiguió —Felipe II— fuera también el poseedor de una interesante colección de pintura erótica, que la Iglesia habría quemado sin dudar, es para quedarse ojiplático, como también que el primero de los Borbones, Felipe V, se matara a pajas (con perdón), porque creía que Dios castigaría menos sus prácticas onanistas que el sexo fuera del matrimonio. Solo con esos detalles, que ya advierten de que las pasiones carnales pueden trastocar el curso de los acontecimientos, merece la pena revisarlos. Y hasta pedir a los propios reyes que hagan acto de contrición. No se trata de imponerle a los soberanos lo que han de hacer en las alcobas, pero sí de recordarles que sus pasiones carnales más ocultas no pueden guardar ninguna relación ni con el patrimonio ni con los destinos de sus reinos. Y menos aún en este siglo XXI, donde los secretos siempre acaban siendo desvelados y cada vez con mayor prontitud.

Si alguien me pregunta, a partir de ahora, si monarquía sí o monarquía no, explicaré que no creo que sea exactamente la Corona lo que vuelve déspotas a los reyes, sino su poder. Ese poder que envenena y enajena a cuantos lo prueban y que siempre ha de estar controlado por otros, para no propiciar las peores debilidades de quienes lo ostentan. Da igual que haya reyes, primeros ministros, presidentes u otras modalidades de dirigentes; lo importante es que no se deje todo el poder en sus manos y que tengan que responder por sus errores igual que el resto de la sociedad. En nuestra Historia ha habido monarcas mejores y peores, y, sin ellos, que siempre gozaron de ese enorme privilegio que supone el acceso a la cultura, no existirían ni

nuestras mejores pinacotecas ni nuestras más destacadas bibliotecas. Hubo monarcas que se dejaron la sangre en los campos de batalla y que lucharon por su pueblo, al que amaban más que a sí mismos, con extraordinario denuedo. Otros no, la verdad. Otros aprovecharon la Corona para exprimir la vida y gozar de todos los caprichos vedados al resto de los mortales. Y casi todos, buenos, malos o regulares, creyeron que, sencillamente, se merecían lo mejor por haber nacido donde nacieron. Lo deseable sería que ahora se convencieran de que quienes merecen lo mejor son siempre los súbditos y asumieran que ellos están obligados a dar su vida por conseguirlo. Y casi hay que apuntar que si no llegan a esa conclusión será inevitable que la monarquía, que sin duda es una institución anacrónica, se extinga por completo. Si lo hace, habrá quien se alegre mucho, pero... ¿se han parado a pensar lo interesante que resulta que haya una persona, por encima de las ideologías, que considere, desde su nacimiento, que se debe a todo su pueblo? Es posible que haya políticos así. Pero a saber dónde están. Y recuerden: los reyes son igual de vulnerables al amor y a las pasiones que los mendigos. Y también que los políticos...

I

CONQUISTA Y RECONQUISTA DE ESPAÑA. DEL  
ARREBATO AL AMOR

Florinda cortejada y forzada por don Rodrigo, último rey visigodo (s. VIII)

Hay quien opina que la historia de España empieza aquí, porque antes, poca España había. Así que no parece mala idea comenzar en este punto la revisión de un país que, como todos, dejó que el sexo y el amor cambiaran su trayectoria en numerosas ocasiones. ¿Se extrañan? ¿Acaso no ha sucedido también a su alrededor? Revisen y advertirán que los arrebatos carnales y el amor son, por encima de la muerte, los que más igualan a los seres humanos, independientemente de su lugar de nacimiento o condición. Pero, centrémonos, que hay mucha tarea y, de momento, no mucho humor. Porque sobre lo que aconteció en ese convulso siglo VIII hay unos cuantos apuntes repletos de dudas que, en lo que se refieren al sexo y al amor, son pura tragedia. Sobre todo, porque si se atiende a la leyenda... No corramos, es mejor empezar por el principio.

Algunos años después de que el rey Rodrigo perdiera el trono y la vida en la batalla de Guadalete, muchos seguían buscando su cuerpo, que nunca apareció, con el afán de comprobar si había sido asaeteado tantas veces como su caballo.

—Merecido se lo tenía —repetían con resentimiento los cristianos gobernados ahora por los musulmanes.

Rodrigo, último rey goda y sucesor de Witiza tras su muerte, para descontento de los familiares del fallecido, heredó, junto a un trono demasiado centralizado en Toledo, un reino casi despoblado, a causa de las epidemias de peste, los años de sequía y el hambre que assolaba todo el territorio.

La fractura política existente entre dos clanes, el del desaparecido Witiza y el de Chindasvinto y Recesvinto al que pertenecía Rodrigo, abonaban el terreno a las traiciones. Y los musulmanes andaban al acecho de ese succulento botín que era la península ibérica, tan cercana al norte de África que tenían casi por completo bajo su dominio. Así que no eran tiempos para despistes ni banalidades. Pero

Rodrigo, con la corona bien ceñida sobre la frente, se sentía tan poderoso como para dejarse llevar por los arrebatos de la carne sin pensar en las consecuencias. Había contraído matrimonio con una de las doncellas más hermosas del reino, la bella Egilona, a quien su madre, la condesa de Brieva, arrancó de las garras del amor verdadero de Pelayo, sobrino del rey y miembro de su guardia personal, con una sola frase: «La doncella que puede aspirar a más no debe conformarse con menos». Poco le importaban los sentimientos de su hija a una mujer viuda, aún más hermosa que ella, pero ya en declive, a la que el veloz paso de los años certificaba cada día lo importante que eran la juventud y la belleza para alcanzar una buena posición. Casi en el límite de las suyas, las únicas monedas de cambio eran las de su hija y no pensaba desaprovecharlas por algo de tan escaso valor por entonces como el amor.

Rodrigo, a quien el matrimonio con la encantadora Egilona no sació las ganas de poseer a todas las doncellas de la corte, revoloteaba en torno a las más jóvenes y deseables e inauguraba los vientres de todas por imperativo real, sin que nadie se atreviera a afearle la conducta. Ni siquiera lo hacía la reina quien, olvidadas las penas de ese amor abandonado por un trono, disfrutaba de los lujos de su nueva posición y se despreocupaba de los paseos furtivos de su esposo, siempre a la caza de damiselas inocentes. Tampoco prestó atención a sus desmanes el día que escuchó los terribles alaridos de una de ellas, provenientes de la alcoba real, que poco parecían tener que ver con el goce compartido de dos amantes. La doncella que los profirió, de nombre Florinda, llegada a la corte pocas semanas antes de la tarde señalada, provocó una obsesión de tal magnitud en el rey, que hasta le hizo olvidar que era fruta prohibida. La joven había sido enviada a la corte por su padre, don Julián, conde de Ceuta y aliado imprescindible de Rodrigo, con el fin de procurarle una buena educación y un noble casamiento. El rey debía presentarle buenos parti-

dos; pero, en vez de hacerlo, ideaba toda suerte de triquiñuelas ridículas para retenerla a su lado. Entre otras, decidió proveerle de un alfiler de oro con el que la muchacha debía limpiarle los aradores de la sarna que tenía incrustados en la piel. Mientras ella se ocupaba de tan enojosa tarea, con cuidado y paciencia, él aspiraba el aroma a lavanda de su pelo y pensaba en su cuerpo delicado y prieto, con un cada vez más incontenible ardor.

Un par de semanas antes, al poco de llegar, Florinda, tras recorrer los hermosos jardines de la fortaleza real, sofocada por el calor de una mañana de verano, decidió despojarse de su vestimenta y sumergirse en la fuente, sin preocuparse por las miradas indiscretas. La joven permaneció durante un rato chapoteando y riendo hasta que se levantó, cubierta de gotas de agua que resbalaban por su cuerpo y que, alumbradas por la luz del sol, asemejaban diminutos diamantes. Luego sacudió la cabeza y su larga y ondulada melena, separada en mechones empapados, regó todo su entorno. Los cabellos mojados descansaron finalmente sobre su pecho, sin apenas cubrir más que de helor sus pequeños y oscuros pezones, tan enhiestos y altivos, que parecían apuntar al cielo, vistos al perfil. Florinda sonrió a una de las doncellas que la acompañaban, mostrando unos dientes blanquísimos, que resaltaban entre sus rosados y carnosos labios, antes de pedirle su ropa y empezar a vestirse. Rodrigo contempló toda la escena y se encendió. Hubiera deseado besar aquella boca y aquel cuerpo ese día. Y poseer a Florinda allí mismo y en ese mismo momento. Pero se contuvo. Ya habría ocasión cuando no hubiera testigos y ella lo deseara también. Por eso insistió en que fuera la muchacha quien pinchara sus ácaros y gozara de la compañía de su rey. Así podría él aspirar el perfume de su piel levemente acanelada e irla enamorando como a todas. Pero le consumía la impaciencia. A cada rato a su lado o lejos de ella, recordaba sus formas perfectas e imaginaba cómo sería la flor que escondía entre sus piernas. Una tarde,

se levantó acalorado y cubierto de sudor. Tenía el miembro abultado y los sentidos alterados tras los sueños lujuriosos de la siesta. El deseo de poseer a Florinda era tal, que decidió mandarle un paje para que la acompañara hasta sus aposentos. A su llegada, ella, confundida, se paró en la puerta sin cruzar el umbral.

—¿Qué deseáis, mi señor? —preguntó la muchacha, dedicándole una de esas miradas lánguidas suyas, que Rodrigo interpretaba como invitación a la seducción.

—Pasa, Florinda, pasa —repuso el rey, haciéndole un gesto con la mano—. Es preciso que hablemos. Siéntate aquí, a mi lado, sobre el lecho mismo, que sabes que me gusta tenerte cerca.

La mujer, apenas una chiquilla recién salida de la adolescencia, clavó en el rey sus ojos candorosos y esbozó una levísima sonrisa.

—Sabéis, señor, que soy doncella. Y que así debe ser hasta que contraiga matrimonio.

—De eso precisamente te quería hablar. De nuestro casamiento —dijo el rey, retirando la larga melena castaña de la muchacha de su pecho y rozándole levemente el pezón, ahora oculto tras la ropa, pero que él ya había visto en aquel baño suyo y no dejaba de rememorar.

—¿Cómo podríamos casarnos si ya estáis casado con la reina?

—Cuando muera...

—No hagáis que desee su muerte, mi señor.

Como respuesta, el monarca acercó su mano al cuello de la joven y con suavidad desmayó sus dedos por su escote y más allá, hasta que nuevamente rozaron ese pezón inolvidable. Florinda notó que aquel roce doble no era un descuido y se separó cautelosa. Pero Rodrigo volvió a pegarse a ella y paseó entonces toda su mano sin disimulo por ambos pechos, aún ocultos tras los brocados, en tanto que seguía hablando de una ficticia boda futura y miraba su boca con lascivia. Ella se levantó de golpe y trató de alcan-